

”Los Reyes Magos tuvieron una estrella; nosotros tenemos a María”

En 1963 San Josemaría
pronunció la homilía titulada
“En la Epifanía del Señor”.
Ofrecemos ahora, en audio y
texto, un fragmento de esta
homilía.

05/01/2014

En la Epifanía del Señor (12:09)

Videntes autem stellam gavisi sunt gaudio magno valde (Mt II, 10.), dice el texto latino con admirable reiteración: al descubrir nuevamente la estrella, se gozaron con un gozo muy grande. ¿Por qué tanta alegría? Porque, los que no dudaron nunca, reciben del Señor la prueba de que la estrella no había desaparecido: dejaron de contemplarla sensiblemente, pero la habían conservado siempre en el alma. Así es la vocación del cristiano: si no se pierde la fe, si se mantiene la esperanza en Jesucristo que estará con nosotros *hasta la consumación de los siglos* (Mt XXVIII, 20.), la estrella reaparece. Y, al comprobar una vez más la realidad de la vocación, nace una mayor alegría, que aumenta en nosotros la fe, la esperanza y el amor.

Entrando en la casa, vieron al Niño con María, su Madre, y, arrodillados, le adoraron (Mt II, 11.). Nos

arrodillamos también nosotros delante de Jesús, del Dios escondido en la humanidad: le repetimos que no queremos volver la espalda a su divina llamada, que no nos apartaremos nunca de El; que quitaremos de nuestro camino todo lo que sea un estorbo para la fidelidad; que deseamos sinceramente ser dóciles a sus inspiraciones. Tú, en tu alma, y también yo –porque hago una oración íntima, con hondos gritos silenciosos– estamos contando al Niño que anhelamos ser tan buenos cumplidores como aquellos siervos de la parábola, para que también a nosotros pueda contestarnos: *alégrate, siervo bueno y fiel* (Mt XXV, 23.).

Y abriendo sus tesoros le ofrecieron dones: oro, incienso y mirra (Mt II, 11.). Detengámonos un poco para entender este pasaje del Santo Evangelio. ¿Cómo es posible que

nosotros, que nada somos y nada valemos, hagamos ofrendas a Dios? Dice la Escritura: *toda dádiva y todo don perfecto de arriba viene* (Iac I, 17.). El hombre no acierta ni siquiera a descubrir enteramente la profundidad y la belleza de los regalos del Señor: *¡Si tú conocieras el don de Dios!* (Ioh IV, 10.), responde Jesús a la mujer samaritana. Jesucristo nos ha enseñado a esperarlo todo del Padre, a buscar, antes que nada, el reino de Dios y su justicia, porque todo lo demás se nos dará por añadidura, y bien sabe El qué es lo que necesitamos (Cfr. Mt VI, 32-33.).

En la economía de la salvación, Nuestro Padre cuida de cada alma con delicadeza amorosa: *cada uno ha recibido de Dios su propio don, quien de una manera, quien de otra* (1 Cor VII, 7.). Parecería inútil, por tanto, afanarse por presentar al Señor algo de lo que El tuviera necesidad; desde

nuestra situación de deudores que no tienen con qué pagar (Cfr. Mt XVIII, 25.), nuestro dones se asemejarían a los de la Antigua Ley, que Dios ya no acepta: *Tú no has querido, ni han sido de tu agrado, los sacrificios, las ofrendas y los holocaustos por el pecado, cosas todas que ofrecen según la Ley* (Heb X, 8.).

Pero el Señor sabe que dar es propio de enamorados, y El mismo nos señala lo que desea de nosotros. No le importan las riquezas, ni los frutos ni los animales de la tierra, del mar o del aire, porque todo eso es suyo; quiere algo íntimo, que hemos de entregarle con libertad: *dame, hijo mío, tu corazón* (Prv XXIII, 26.).

¿Veis? No se satisface compartiendo: lo quiere todo. No anda buscando cosas nuestras, repito: nos quiere a nosotros mismos. De ahí, y sólo de ahí, arrancan todos los otros presentes que podemos ofrecer al Señor.

Démosle, por tanto, oro: el oro fino del espíritu de desprendimiento del dinero y de los medios materiales. No olvidemos que son cosas buenas, que vienen de Dios. Pero el Señor ha dispuesto que los utilicemos, sin dejar en ellos el corazón, haciéndolos rendir en provecho de la humanidad.

Los bienes de la tierra no son malos; se pervierten cuando el hombre los erige en ídolos y, ante esos ídolos, se postra; se ennoblecen cuando los convertimos en instrumentos para el bien, en una tarea cristiana de justicia y de caridad. No podemos ir detrás de los bienes económicos, como quien va en busca de un tesoro; nuestro tesoro está aquí, reclinado en un pesebre; es Cristo y en El se han de centrar todos nuestros amores, *porque donde está nuestro tesoro allí estará también nuestro corazón* (Mt VI, 21.).

36 Ofrecemos incienso: los deseos, que suben hasta el Señor, de llevar una vida noble, de la que se desprenda el *bonus odor Christi* (2 Cor II, 15.), el perfume de Cristo. Impregnar nuestras palabras y acciones en el *bonus odor*, es sembrar comprensión, amistad. Que nuestra vida acompañe las vidas de los demás hombres, para que nadie se encuentre o se sienta solo. Nuestra caridad ha de ser también cariño, calor humano.

Así nos lo enseña Jesucristo. La Humanidad esperaba desde hacía siglos la venida del Salvador; los profetas lo habían anunciado de mil formas; y hasta en los últimos rincones de la tierra –aunque estuviese perdida, por el pecado y por la ignorancia, gran parte de la Revelación de Dios a los hombres– se conservaba el deseo de Dios, el ansia de ser redimidos.

Llega la plenitud de los tiempos y, para cumplir esa misión, no aparece un genio filosófico, como Platón o Sócrates; no se instala en la tierra un conquistador poderoso, como Alejandro. Nace un Infante en Belén. Es el Redentor del mundo; pero, antes de hablar, ama con obras. No trae ninguna fórmula mágica, porque sabe que la salvación que ofrece debe pasar por el corazón del hombre. Sus primeras acciones son risas, lloros de niño, sueño inerme de un Dios encarnado: para enamorarnos, para que lo sepamos acoger en nuestros brazos.

Nos damos cuenta ahora, una vez más, de que éste es el cristianismo. Si el cristiano no ama con obras, ha fracasado como cristiano, que es fracasar también como persona. No puedes pensar en los demás como si fuesen números o escalones, para que tú puedas subir; o masa, para ser exaltada o humillada, adulada o

despreciada, según los casos. Piensa en los demás –antes que nada, en los que están a tu lado– como en lo que son: hijos de Dios, con toda la dignidad de ese título maravilloso.

Hemos de portarnos como hijos de Dios con los hijos de Dios: el nuestro ha de ser un amor sacrificado, diario, hecho de mil detalles de comprensión, de sacrificio silencioso, de entrega que no se nota. Este es el *bonus odor Christi*, el que hacía decir a los que vivían entre nuestros primeros hermanos en la fe: *¡Mirad cómo se aman!*

No se trata de un ideal lejano. El cristiano no es un Tartarín de Tarascón, empeñado en cazar leones donde no puede encontrarlos: en los pasillos de su casa. Quiero hablar siempre de vida diaria y concreta: de la santificación del trabajo, de las relaciones familiares, de la amistad. Si *ahí* no somos cristianos, ¿dónde lo

seremos? El buen olor del incienso es el resultado de una brasa que quema sin ostentación una multitud de granos; el *bonus odor Christi* se advierte entre los hombres no por la llamarada de un fuego de ocasión, sino por la eficacia de un resollo de virtudes: la justicia, la lealtad, la fidelidad, la comprensión, la generosidad, la alegría.

Y, con los Reyes Magos, ofrecemos también mirra, el sacrificio que no debe faltar en la vida cristiana. La mirra nos trae al recuerdo la Pasión del Señor: en la Cruz le dan a beber mirra mezclada con vino (Cfr. Mc XV, 23.), y con mirra ungieron su cuerpo para la sepultura (Cfr. Ioh XIX, 39.). Pero no penséis que, reflexionar sobre la necesidad del sacrificio y de la mortificación, signifique añadir una nota de tristeza a esta fiesta alegre que celebramos hoy.

Mortificación no es pesimismo, ni espíritu agrio. La mortificación no vale nada sin la caridad: por eso hemos de buscar mortificaciones que, haciéndonos pasar con señorío sobre las cosas de la tierra, no mortifiquen a los que viven con nosotros. El cristiano no puede ser ni un verdugo ni un miserable; es un hombre que sabe amar con obras, que prueba su amor en la piedra de toque del dolor.

Pero he de decir, otra vez, que esa mortificación no consistirá de ordinario en grandes renuncias, que tampoco son frecuentes. Estará compuesta de pequeños vencimientos: sonreír a quien nos importuna, negar al cuerpo caprichos de bienes superfluos, acostumbrarnos a escuchar a los demás, hacer rendir el tiempo que Dios pone a nuestra disposición... Y tantos detalles más, insignificantes en apariencia, que surgen sin que los

busquemos –contrariedades, dificultades, sinsabores–, a lo largo de cada día. *Sancta Maria, Stella Orientis*

Termino, repitiendo unas palabras del Evangelio de hoy: *entrando en la casa, vieron al Niño con María, su Madre*. Nuestra Señora no se separa de su Hijo. Los Reyes Magos no son recibidos por un rey encumbrado en su trono, sino por un Niño en brazos de su Madre. Pidamos a la Madre de Dios, que es nuestra Madre, que nos prepare el camino que lleva al amor pleno: *Cor Mariae dulcissimum, iter para tutum!* Su dulce corazón conoce el sendero más seguro para encontrar a Cristo.

Los Reyes Magos tuvieron una estrella; nosotros tenemos a María, *Stella maris, Stella orientis*. Le decimos hoy: Santa María, Estrella del mar, Estrella de la mañana, ayuda a tus hijos. Nuestro celo por

las almas no debe conocer fronteras, que nadie está excluido del amor de Cristo. Los Reyes Magos fueron las primicias de los gentiles; pero, consumada la Redención, *ya no hay judío o griego, no hay siervo o libre, no hay varón o hembra* –no existe discriminación de ningún tipo–, *porque todos sois uno en Cristo Jesús* (Gal III, 28.).

Los cristianos no podemos ser exclusivistas, ni separar o clasificar las almas; *vendrán muchos de Oriente y de Occidente* (Mt VIII, 11.); en el corazón de Cristo caben todos. Sus brazos –lo admiramos de nuevo en el pesebre– son los de un Niño: pero son los mismos que se extenderán en la Cruz, atrayendo a todos los hombres (Cfr. Ioh XII, 32.).

Y un último pensamiento para ese varón justo, Nuestro Padre y Señor San José, que, en la escena de la Epifanía, ha pasado, como suele,

inadvertido. Yo lo adivino recogido en contemplación, protegiendo con amor al Hijo de Dios que, hecho hombre, le ha sido confiado a sus cuidados paternales. Con la maravillosa delicadeza del que no vive para sí mismo, el Santo Patriarca se prodiga en un servicio tan silencioso como eficaz.

Hemos hablado hoy de vida de oración y de afán apostólico. ¿Qué mejor maestro que San José? Si queréis un consejo que repito incansablemente desde hace muchos años, *Ite ad Ioseph* (Gen XLI, 55.), acudid a San José: él os enseñará caminos concretos y modos humanos y divinos de acercarnos a Jesús. Y pronto os atreveréis, como él hizo, *a llevar en brazos, a besar, a vestir, a cuidar* (De la oración a San José, preparatoria a la Santa Misa en el Misal Romano: *O felicem virum, beatum Ioseph, cui datum est, Deum, quem multi reges voluerunt videre et*

*non viderunt, audire et non audierunt;
non solum videre et audire, sed
portare, deosculari, vestire et
custodire!) a este Niño Dios que nos
ha nacido. Con el homenaje de su
veneración, los Magos ofrecieron a
Jesús oro, incienso y mirra; José le
dio, por entero, su corazón joven y
enamorado.*

Texto extraído de la homilía “En la Epifanía del Señor” pronunciada el 24-XII-1963 por San Josemaría Escrivá de Balaguer y publicada en “Es Cristo que pasa” (editorial Rialp).

pdf | Documento generado
automáticamente desde <https://opusdei.org/es-cl/article/los-reyes-magos-tuvieron-una-estrella-nosotros-tenemos-a-maria-2/> (22/01/2026)